

cional, con la libertad francesa, y restablecer el despotismo y la tiranía, usando de todos los medios para privar al pueblo de subsistencias, proyectando degollar y hacer degollar á los diputados, los defensores más enérgicos y más celosos de la República. La representación nacional debía desaparecer con los representantes. El gobierno inglés y las potencias coligadas contra la República son los verdaderos jefes de esta conjuración, cuyos pérfidos agentes, disfrazados con la máscara de la hipocresía, extranjeros los unos, y los otros salidos del seno de algunas autoridades revestidas de la confianza del pueblo, que habían usurpado, se deslizaban en todos sentidos para engañar...—De estas acusaciones, son verdaderas las relativas á los proyectos de insurrección y disolución de la Asamblea nacional, con la salvedad de que varios de los acusados no habían querido entrar en ellos; falsa, la de la inteligencia con las potencias extranjeras. *El tío Duchesne* sólo había servido á los reyes suministrándoles pretexto para presentar á Francia, ante los pueblos de Europa, como una nación corrompida y sanguinaria.

Los debates del proceso pusieron de manifiesto, respecto de varios acusados, hechos vergonzosos. Vincent, el joven secretario general del ministerio de la Guerra, era concusionario y ladrón; se le probó haber robado cucharas de plata. Hebert, despojado de la máscara de *El tío Duchesne*, aparece como un monstruo de desenfreno y de rapiña, elegante y depravado, sin honor y sin conciencia. Un testigo declaró que, habiendo sido acogido en sus horas de desventura en casa de un amigo generoso, desapareció de repente llevándose cuellos, camisas y hasta colchones. El general Ronsin conservó durante todo el proceso una actitud firme, que contrastaba con la flaqueza de Hebert. A las lamentaciones de éste, que gritaba: «¡La libertad está perdida!», contestaba Ronsin: «Tú no sabes lo que te dices; la libertad no puede perecer. El partido que nos envía á la muerte no tardará, á su vez, en ser llevado á ella.» «¡Gran época, exclama con este motivo Michelet, en la que hasta los peores tenían fe!» Entre los extranjeros los había intrigantes; pero de ninguno se probó que recibiese dinero de los reyes. El refugiado holandés, de Fock, tenía de malo su amistad con Hebert; pero tanto distaba de ser agente del Estatuder de Holanda como que éste le había proscrito. En cuanto al que se titulaba «orador del género humano», Anacarsis Cloot, fué ingratitud horrible el pagar con el cadalso su amor á París y su abnegación por Francia. ¿Cómo olvidar que él, alemán de pura casta, por la raza y por la lengua, había sido el primero de los revolucionarios en reclamar para Francia los límites de la antigua Galia, la frontera del Rhin? Suya fué la respuesta un poco notable que se oyó en todo el curso del debate. El jurado Renandin la interpeló diciendo: «El sistema de República universal que usted profesa es una perfidia profundamente meditada, que da pretexto á la coalición de las testas coronadas contra Francia.» Cloot contestó: «La República universal está en el sistema natural, y yo he hablado de ella como el abate de Saint Pierre habló de la paz universal. No puedo ser tildado de partidario de los reyes; y

será caso bien extraordinario que el hombre á quien se quemaría en Roma, se colgaría en Londres y se rodaría en Viena, sea guillotinado en París.

Los debates duraron tres días. Precisamente fué Hebert el que había hecho decretar que, transcurridas tres sesiones en preguntas y respuestas, los jurados podrían declararse suficientemente enterados, no previendo entonces el desgraciado que había de llegar día en que se aplicase á él mismo aquella dura ley. El sistema de los acusados en sus contestaciones fué siempre el mismo: negar en redondo. Esto irritó al presidente, Dumas, hechura de Robespierre, al extremo de llevarle á faltar á sus deberes, pronunciando contra los acusados una requisitoria más violenta que la del acusador público. «¿Con que no hay conspiración? exclamó Dumas. ¿Pues no habéis formado el bárbaro proyecto de acosar por hambre al pueblo organizando una carestía ficticia, y habéis temido, en vuestros furoros, la vuelta de la abundancia? ¿No habéis intentado, con escritos, discursos y gestiones, envilecer la representación nacional, los Comités de Salvación pública y de Seguridad general? ¿No habéis atacado á la vez todos los poderes, todas las autoridades, para destruir toda clase de gobierno? ¿No habéis preparado armas, reunido tropas, alistado conjurados hasta en las cárceles? ¿No habéis llamado, para la ejecución de vuestros proyectos parricidas, á los hipócritas ambiciosos, á los falsos patriotas, á los moderados, á los federales, á los bandidos del Oeste, á los realistas, á los cómplices de Precy, á los conspiradores mismos que estaban bajo la espada de la ley?—¡Almas viles! ¡feroces esclavos! ¿no es para un señor que preparabais tantos crímenes? ¿No habéis anunciado á ese señor en vuestros carteles con el nombre de rey, en vuestros discursos con el de Cromwell, en vuestras combinaciones con el gran juez? ¿No habéis meditado con qué títulos podríais vestir mejor á un rey, un dictador, un tirano?—Os llamáis hombres de la Revolución, y sois agentes de la contra-revolución; os llamáis patriotas, y habéis querido asesinar á los patriotas; os llamáis puros, y habéis deshonrado vuestra pobreza con un lujo que sólo el crimen podría alimentar; os llamáis amigos del pueblo, y nunca fuisteis más que ambiciosos usurpadores de su confianza; queréis una insurrección moral, y proyectáis ahogar á los amigos de la libertad en torrentes de sangre; no perseguís más que á una facción, y pretendéis elevar á la tiranía un trono sobre los cadáveres sangrientos de los representantes fieles del pueblo y de cien mil patriotas.—¡Infames! pereceréis; ¡demasiado tarda en llegar vuestro suplicio! El extranjero no lamentará en vosotros más que los instrumentos despreciables de sus crímenes; la aristocracia, de nuevo vencida, desesperará del éxito de sus maquinaciones, cuando vea que el velo de civismo no es tan denso que con él pueda la conspiración sustraerse á la vigilancia, á la actividad del Gobierno, á la severidad de la justicia. Todos los traidores temblarán al ver que les precedéis en el cadalso, y el pueblo, al que habéis engañado, aplaudiendo vuestro castigo, sentirá más que nunca que debe ponerse en guardia contra vuestros semejantes, y acelerará el goce de su dicha rodeando con su fuerza y su

confianza á la Convención nacional y á los Comités, que son el centro del Gobierno revolucionario.

El veredicto fué afirmativo respecto de todos los procesados, excepto Laboureaux, á quien se mandó llamar para anunciarle la absolución. El presidente, los jueces y los jurados dieron con emoción el abrazo fraternal al que acababa de ser declarado inocente, y le hicieron sentarse al lado de Dumas, el cual, en el lenguaje enfático del tiempo, dijo dirigiéndose al público: «La justicia se complace en tener á la inocencia sentada á su lado.» Al volver al salón los otros acusados y ver á Laboureaux sentado á la derecha del presidente, comprendieron lo terrible de su sentencia, que oyeron con profunda emoción. Algunos trataron de protestar. «Soy inocente», murmuró Ducroquet. «Apelo al género humano... Beberé la cicuta con placer,» gritaba Anacarsis Cloutz. Hebert semejaba un cadáver; las lágrimas inundaban su rostro; los guardias tuvieron que llevárselo. Sólo Ronsin conservó su sangre fría y su valor.

Los condenados, vueltos á la Conserjería, se injuriaban mutuamente, atribuyendo cada uno á los otros la condenación que se les acababa de leer. Hebert, á quien el miedo había tornado insensible, no respondía á las injurias que le dirigían sus compañeros. Ronsin se contentaba con encoger los hombros sonriendo. El orador del género humano, Cloutz, iba del uno al otro lado para restablecer la calma, ejerciendo hasta el último instante lo que él consideraba como elevado ministerio; ensayaba, aunque en vano, moralizar á sus compañeros de desgracia, que le escuchaban sin entenderle, y no cesó de predicarles hasta el momento en que la guillotina segó su cabeza. El veinticuatro de Marzo, á las cuatro de la tarde, los reos, en número de diez y ocho, subieron á las carretas. Muchedumbre inmensa se apiñaba en las calles y en torno del cadalso, levantado en la plaza de la Revolución. Hebert fué hucheadado durante todo el trayecto. La multitud le gritaba ¡Monopolizador!, á él, cabalmente, que había pedido tantas cabezas á pretexto de monopolio; lanzaba sobre *El Tío Duchesne* los atroces chistes que él le había enseñado, acerca del «anteojo de la guillotina» y la «navaja nacional.» «¡Eh! Tío Duchesne, con que vas también á meter la cabeza en la pequeña ventana? ¿Con que vas á estornudar también en el saco?» Al desembocar en la plaza de la Revolución, fué recibido el cortejo con silbidos de desprecio y gritos de indignación. Mudo permaneció el público mientras se guillotina á sus diez y siete compañeros; mas cuando le llegó el turno á Hebert, que fué el último, miles de sombreros volaron por los aires y sonó extenso, profundo, ensordecedor, el grito ¡Viva la República! Hebert manchó el cadalso que había santificado la sangre de los héroes de la libertad, la sangre de Vergniaud y madame Roland. La mayor humillación de la Revolución, dice muy bien Henry Martin, consiste en tener que contar entre los jefes de partido á este corruptor del pueblo, que aventajó en bajeza é infamia á los más indignos favoritos de los reyes. Carnot, que cruzó casualmente el lúgubre cortejo, oyó al pobre

Anacarsis gritar al pueblo: «¡No me confundas con estos bribones!» La posteridad debe recoger estas palabras, y no acordarse sino del intenso amor que aquel extranjero profesó á la Revolución y á Francia.

Rápidos cambios siguieron á esta ejecución. El ejército revolucionario fué licenciado; la Municipalidad, casi totalmente reconstituida. Fleuriot-Lescot, sustituto de Fouquier Tinville, reemplazó á Pache en la alcaldía, y un jurado del Tribunal revolucionario, Payan, sustituyó á Claumette como agente nacional en el Consejo municipal. Todas estas gentes eran devotas de Robespierre, el cual sentíase satisfecho de su obra. Su implacable intolerancia había derribado, en Cloutz, al soñador cuyas utopías contrariaban su teoría religiosa y social; su orgullo había hecho expiar á Hebert la alianza que le obligara durante tanto tiempo á poner su mano austera en la impura mano de aquel miserable. Una cosa hay que no se puede negar á Robespierre: el respeto de sí mismo y el respeto al pueblo. El reformador y apóstol de la Revolución, aliado del *Tío Duchesne*, era una monstruosidad incomprensible; una mancha imborrable. Toda la cólera que se había ido almacenando lentamente en su alma ulcerada estalló, al fin, cuando se presentó ocasión, vengándose de aquella vergüenza sin vacilar y con regocijo sombrío. La otra mitad de su obra, lo que había anunciado á la Convención, la ruina de los moderados, le asustaba; mas no dejó de llevarla á cabo, de la manera que veremos en el siguiente capítulo.